

En medio de aquella penosa situación, cayó como un rayo una noticia formidable. Oton II había sido derrotado y la pesadumbre que le causó aquel primer revés de la guerra le produjo una disentería que le ocasionó la muerte en breves días.

XVII.

Teofanía sintió vivamente la pérdida de su esposo á quien jamás había dejado de amar, á pesar de los extravíos de su vanidad. Oton había sido para ella tan noble y tan bueno que su pérdida le costó amargas lágrimas. Considerando que era un ultraje á su memoria seguir en culpables relaciones con el favorito á quien antes había distinguido, le despidió para siempre de su presencia; y poco despues como viese que continuaba persiguiéndola con quejas y demostraciones, le desterró del imperio. Mas en lo que la Emperatriz no hizo cambio alguno fué en su conducta con la madre de su esposo, y entónces dió á conocer que su odio tenia por fundamento la envidia de las nobles y hermosas cualidades que adornaban á aquella santa Princesa. Prevaliéndose del abatimiento en que habia quedado Adelaida por la muerte de su hijo, intrigó de suerte que fué desposeida de la regencia apropiándosela ella.

XVII.

Teofanía sintió vivamente la pérdida de su esposo á quien jamás había dejado de amar, á pesar de los extravíos de su vanidad.

Oton había sido para ella tan noble y tan bueno, que su pérdida le costó amargas lágrimas.

Considerando que era un ultraje á su memoria seguir en culpables relaciones con el favorito á quien antes había distinguido, le despidió para siempre de su presencia; y poco despues como viese que continuaba persiguiéndola con quejas y demostraciones, le desterró del imperio.

Mas en lo que la Emperatriz no hizo cambio alguno fué en su conducta con la madre de su esposo, y entónces dió á conocer que su odio tenia por fundamento la envidia de las nobles y hermosas cualidades que adornaban á aquella santa Princesa.

Prevaliéndose del abatimiento en que habia quedado Adelaida por la muerte de su hijo, intrigó de suerte que fué desposeida de la regencia apropiándosela ella.

Adelaida dió gracias al cielo porque la libertaba de aquella carga, pero lloró con amargura la desgraciada suerte del pueblo que iba á regir la ambiciosa y dura Teofania; revestida ésta del poder supremo, ordenó á la Emperatriz viuda que no saliese de sus habitaciones; llevó á su lado á la jóven princesa Adelaida para que no viese á su madre y dió una comision al príncipe Enrique á fin de que no defendiese á la que le habia dado el sér.

Pero el cielo, en su justicia, preparaba ya su castigo á la criminal princesa y señalaba el fin de su vida.

Aquella Emperatriz jóven y hermosa, rodeada de todo lo que hace la vida estimable y estimada, vestida siempre de brocado y pedrerías y dueña de uno de los más poderosos imperios del mundo, fué muy pronto solicitada en matrimonio por todos los príncipes que se hallaban en estado de contraerlo.

Alguno hubo en aquella época bárbara que asesinó á su esposa por ser Emperador de Alemania, pretendiendo la mano de Teofania; empero el corazón de esta Princesa era ya inaccesible al amor; la ambicion le ocupaba por completo y sólo pensaba en satisfacer su ánsia de dominio y de mando.

Un enemigo oculto y olvidado se preparaba, sin embargo, á echar por tierra todos los cálculos de su ambicion y á cortar el hilo de aquella vida que, si

no estaba manchada por crímenes, estaba á lo ménos empañada con grandes faltas.

El amante de Teofania, aquel á quien tantas veces habia reprendido Adelaida y que fué desterrado por la Emperatriz al enviudar, guardaba dentro de su alma un ódio mortal hácia la mujer á quien ántes habia amado tanto; despues de meditar durante largo tiempo el modo con que podría satisfacerlo, adoptó por fin una resolucion definitiva y esperó la ocasion propicia de poner por obra su venganza.

Una noche en que Adelaida, sola en las habitaciones que le servian de prision, oraba buscando en Dios el consuelo de sus penas, llegaron hasta ella pasos precipitados, gritos y sollozos.

Adelaida escuchó con sobresalto y le pareció oír las palabras *muerte* y *Emperatriz*.

Poco despues, una de las damas de Teofania abrió la puerta de la habitacion de Adelaida y gritó:

—¡Señora, en nombre del cielo, venid... venid!...

—¿Qué sucede? preguntó la Princesa.

—La Emperatriz, mi señora...

—¡Acabad!

—¡Se muere!

Adelaida se lanzó fuera de su estancia y corrió seguida de la dama á las habitaciones de Teofania.

En un suntuoso aposento y reclinada en un lecho formado de cojines de pluma, yacia sin color y sin voz la viuda de Oton II.

Una horrible contraccion nerviosa descomponia su semblante, que ya ibase cubriendo de manchas cárdenas.

Era espantosa la expresion de sufrimiento que se pintaba en su rostro, tan bello pocas horas ántes; por su frente corrian heladas gotas de sudor.

—¡Hija mia! querida Teofania, ¿qué tienes? exclamó Adelaida arrodillándose al lado del lecho y olvidando todas las injurias que habia recibido de aquella desgraciada jóven.

La Emperatriz abrió los ojos que ya empañaban las sombras de la muerte.

—Señora, dijo con acento débil y quebrantado; me siento morir... perdonadme todo lo que os he hecho sufrir.

—¡Sí, os perdono, ó por mejor decir, nunca os he acusado! exclamó la Emperatriz con un acento arrancado del fondo del alma; ¡vivid, pobre hija mia, para vuestro hijo y para mí!

—Gracias, señora, repuso Teofania; gracias por vuestro perdon; mi temprana muerte es un castigo del cielo que tengo bien merecido por mis crueldades contra vos... cuando yo ya no exista, cuidad de mi pobre hijo... quedándole vos... no es huérfano; ¡enseñadle á rogar por mí y rogad vos misma por la salvacion de mi alma...!

Estas fueron las últimas palabras que habló Teofania.

Sus ojos se cerraron y una agonía corta y dolorosa puso fin á su vida.

La venganza de un amante desdeñado arrebató su existencia con un activo veneno.

Su muerte no produjo el desconuelo que la de su esposo; era soberbia, imperiosa y se la temia más que se la amaba. ¡Triste prerogativa de los caracteres fuertes é indomables!

XVIII.

Adelaida fué aclamada por unanimidad regenta del reino y tutora de Oton III, y aquella Princesa, que habia sabido hacer de su hijo un rey sábio, fuerte, prudente y generoso, se aplicó á hacer lo mismo de su nieto, llegando en muy poco tiempo á conseguir el resultado más satisfactorio.

Ya la experiencia y los sinsabores de la vida hacian pensar entónces á la santa Emperatriz mucho más en el cielo que en la tierra; se aplicaba con incesante actividad á estudiar todas las necesidades del Estado y á remediar y precaver cuantos males le afligian; pero miraba esto como una pesada carga y ofrecia á Dios su grandeza en sufragio de sus culpas.

Las primeras providencias de la Gran Emperatriz fueron para colmar de mercedes y beneficios á los que habian sido sus mayores enemigos y se habian mostrado más encarnizados en su persecucion; parecia no acordarse de ninguna de las injurias que le habian inferido y los miraba como á sus más queridos hermanos.

Su caridad se acrecentaba cada día, y era tan ardiente que la hacía olvidarse de sí misma; no había artificio de que no se valiese para socorrer la indigencia y descubrir á los verdaderos necesitados.

Ya se disfrazaba de peregrina; ya de mujer del pueblo; ya se dirigía á los hospitales sola y sin séquito alguno para curar á los más repugnantes enfermos; las puertas del palacio imperial no se cerraban á ninguna hora para los necesitados, y todos los que sufrían hallaban allí amparo, justicia y consuelo.

Un gran dolor vino á amagar la existencia de la santa y ejemplar Emperatriz; la muerte de su hermano Conrado de Borgoña. En memoria de aquel Monarca, fundó y dotó el convento de Porthenay, y no pasaba un sólo día sin que hiciese decir misas y oraciones por el alma de su hermano.

Este dejó un hijo llamado Rodolfo, que, coronado, fué el III de este nombre; pero, excesivamente severo para reinar sobre unos vasallos acostumbrados á la blandura de su padre, empezó á abrumarles á impuestos y á exacciones que ellos no quisieron ni pagar ni reconocer.

Rodolfo, demasiado duro para perdonar y no queriendo tampoco llevar adelante un rigor que podía traer fatales consecuencias para el reino, recurrió á los sábios consejos de su tía, que se los dió con el amor de una madre tierna.

«Hijo mio, le escribía, todos los superiores deben tratar de saber, ántes de mandar, si el carácter de sus súbditos, si sus circunstancias particulares les permitirán cumplir su mandato; hay que examinar hasta qué punto se podrá contar con la obediencia, para no exponerse á conflictos penosos, que traen gravísimas consecuencias.

»Si la razón natural, si el buen juicio y la madura reflexión nos dicen que la obediencia es posible, y áun necesaria, nada debe desanimarnos, y si ésta no sigue al mandato, si á éste responde la voz de la rebelión, entónces es forzoso echar mano de un prudente rigor.

»Sé suave y benigno para que te amen, no tirano y duro para que te teman, porque un buen Rey no debe conquistar con la espada, sino con el corazón.

»Prefiere que te llamen el *misericordioso*, á que te llamen el *justo*; este último dictado es ménos envidiable.

»Tú has dado un paso en falso, y ya no lo puedes evitar; yo iré á sacarte de este conflicto y te devolveré el amor de tus vasallos, que te ruego no vuelvas á perder.»

En efecto, así que la Emperatriz pudo dejar la Alemania, marchó á pacificar la Borgoña, lo que consiguió de la manera más completa.

Reunió á todos los habitantes de la ciudad más

rebelde, que era donde tenia su córte Rodulfo, y les arengó con tal fuego y con tan grande elocuencia, que cada uno de ellos prorrumpió en sollozos, y todos corrieron á arrojarse á los piés del ofendido Monarca.

—¿Y qué? les dijo la Emperatriz cuando lloraban á sus piés, con aquella dulzura majestuosa que hacia su elocuencia incomparable; ¿pensais, pobres obcecados, vivir sin yugo? ¿No sabeis que la absoluta libertad es el más grande de todos los males? ¿No sabeis que el que es absolutamente dueño de sí mismo se halla como el pobre náufrago que batalla con los elementos embravecidos? Amad la obediencia que el Señor os ha impuesto como un precepto que os liberta de inmensas responsabilidades. Ese mismo Dios, soberano señor del cielo y de la tierra, obedeció á sus padres, y enseñó, con el ejemplo, que el respeto es una ley sabia y saludable.

Mirad en Rodulfo, no un tirano odioso, sino un padre severo que se desvela por vuestro bien y por veros dichosos; no todos los padres son débiles y blandos; pero todos son buenos para sus hijos.

De esta suerte y con su prudente é incomparable sabiduría, calmaba Adelaida la efervescencia de los ánimos; á cada uno decia lo que debia moderar sus iras; á cada uno lo que debia hacerle entrar en el camino del deber.

Despues que dejó sometidos á los rebeldes bor-

goñeses, Adelaida fué á visitar el monasterio de Porthenay y permaneció allí algunos dias; sentia que sus fuerzas se debilitaban y que la corona y el cetro le fatigaban más que nunca.

Deseosa de visitar las demás iglesias de la Borgoña, emprendió su peregrinacion, pues casi como peregrina caminaba modesta y pobremente, dejando en todas muestras de liberalidad y mejorando la suerte de las pobres familias de la Borgoña; la iglesia de Tours le debia grandes mercedes; despues de visitadas las iglesias, recorrió todos los monasterios de Italia y de Alemania, dotándolos generosamente y previniendo todas las necesidades que podian experimentar en lo sucesivo.

Contando ya Oton III diez y siete años, volvió Adelaida á Alemania para asistir á la ceremonia de su coronacion en Roma, que fué magnífica, y dejándole ya sentado en el trono del imperio, se retiró al convento de Seltz, en la Alsácia, que habia sido construido magníficamente á sus expensas.

Poco despues de haberse encerrado en aquel pacífico retiro, empezó á decaer su salud; contaba ya sesenta y ocho años y era tanto lo que física y moralmente habia padecido, que admiraba hubiera podido llegar al fin de tan dilatada carrera.

Aún conservaba en aquella época una admirable belleza; la santidad de su vida habia vestido su semblante de una expresion sublime; sus cabellos coro-

naban como un velo blanco su frente venerable; sus ojos estaban llenos de luz y de una plácida y dulce expresion; era suave su sonrisa como la de la aurora y de sus lábios brotaban dulces y perfumadas las flores de la elocuencia.

Empezó á apoderarse de ella una extrema debilidad que la fué dejando trasparente de puro delgada: sin embargo, Adelaida no suspendia por eso sus ayunos y mortificaciones, y dormia en una tarima de madera.

Poco á poco y dulcemente se extinguió como una luz; conoció cuándo se acercaba su última hora y se preparó á morir con la santa serenidad del que va á buscar su verdadera pátria.

Dicen algunos historiadores respetables que la santa Emperatriz Adelaida falleció el año 996, y otro que pasó á mejor vida el 999. Lo que todos aseguran es que fué el diez y seis de Diciembre, y que la Alemania, la Francia y la Italia se cubrieron de luto y la lloraron como á una madre tierna y cariñosa durante largo tiempo.

La Iglesia canonizó á la Emperatriz Adelaida por sus esclarecidas virtudes, entre las que sobresalia la de la paciencia, que fué siempre en ella inquebrantable y ejemplar.

El Papa Silvestre II la ha llenado de alabanzas, y yo he querido hacer conocer á mis lectoras esta gran Princesa, que luce entre las glorias de nuestro

sexo como un brillante de magníficos resplandores, por el perfume de dulce y angelical mansedumbre que dejó tras sí, como un ejemplo elocuente de lo que vale esta virtud y de lo necesaria que es en la vida de la mujer.

FIN DE SANTA ADELAIDA.